

The background of the book cover is a composite image. In the upper left, a woman with dark hair, wearing a light blue long-sleeved top, is seen from the back, looking out of a doorway. The rest of the cover is dominated by a large, close-up, slightly out-of-focus image of a hand holding a white envelope. The envelope has some faint, illegible handwriting on it.

Cynthia Rimsky

Poste restante

Editorial Sudamericana

Biblioteca Transversal / Dos



566003

nom/282 - 31

32

Cynthia Rimsky M. nació en Santiago en 1962 y, luego de estudiar periodismo en la Universidad de Chile, empezó a colaborar en distintos medios nacionales, destacándose por ejercer en esos trabajos una visión personal donde literatura y periodismo se entrecruzan. En 1995, tras una visita a Marruecos y Túnez, escribió el relato *El aliento de Fátima*, aún inédito, Primer Premio de los Juegos Literarios Gabriela Mistral. Tres años después viajó a Ucrania y Polonia, a la búsqueda del lugar donde nació su abuelo paterno, dando origen así a la escritura de la presente obra.

Colección dirigida por Germán Marín

Cynthia Rimsky M.

Poste restante



Editorial Sudamericana
Biblioteca Transversal/Dos

Cynthia Rimsky M.

Poste restante

© Cynthia Rimsky M., 2001. © Editorial Sudamericana Chilena, 2001.
Santa Isabel 1235, Providencia, Stgo. Fono: 274 6089. Fax: 223 6386.
E-mail: sudchile@edsudamericana.cl. Primera edición: agosto de 2001.
ISBN: 956-262-141-3. Diseño de portada e interiores: Equipo Editorial, con
la colaboración de Andrea Goic y Patricio Andrade. Motivo de la portada:
Foto de Álvaro Hoppe, inspirada en *La carta*, pintura de Pedro Lira. Infor-
matización e Impresión: Andros Impresores. Stgo. de Chile.

Album de la familia

“¿Quién puede ser tan insensato como para morir sin haber dado, por lo menos, una vuelta a su cárcel?”, Marguerite Yourcenar

*A Doris Mitnik y Teodoro Rimsky en Chile
A Mateja Kavcic en Eslovenia*

Álbum de la familia

Su amigo Ortuzio dice a la viajera que los mercados persas son como ir al diván del psicoanalista, pero ahorrándose el dinero. Los objetos allí exhibidos despiertan evocaciones que nos recorren a la manera de un álbum íntimo y social.

Las familias cuyos pasados se remontan a la historia de Chile encuentran cosas que, aun cuando desconocidas, están impresas en su memoria, que es también la memoria del país. Para los emigrantes, la historia es una línea trunca y el recorrido por dicho mercado tiene relación con lo imaginario.

Un domingo de octubre de 1998, encontró en el mercado persa de avenida Arrieta, en Santiago, un pequeño álbum rectangular de 11,5 x 9 centímetros con las tapas forradas en un tapiz de reconocible origen extranjero. Las fotografías medían 6 x 8,5 centímetros y estaban enmarcadas bajo una pestaña de cartulina color crema, cuyos bordes interiores habían sido cortados con una tijera zigzag. En blanco y negro, mostraban a un grupo familiar durante sus vacaciones. En la primera página habían escrito con lápiz grafito algo indecifrible: "Plitvice in Jezersko/ Rimski Vrelec/ Bled".

Su apellido es Rimsky. La diferencia en la última letra bastaría para colegir que no se trata de la misma familia, sin embargo, al dar vuelta la página y ver la primera fotografía

Una caída de agua...

experimentó la emoción del viajero cuando escoge un camino desconocido.

Sus abuelos murieron y bien prefirieron olvidar el pasado o sus padres no mostraron interés en conocerlo. La historia familiar se convirtió más en una pregunta por el olvido que en una certeza de la cual asirse, fragilidad que se traslada al nombre, ya que muchos inmigrantes vieron cómo el funcionario de aduana chileno inscribía a los Cohen como Kohen, Levy como Levi, por lo que Rimsky podría haber sido Rimski.

Una niña en traje de baño, sentada en una roca,
roba la atención que concita la caída de agua
en segundo plano...

Los datos que ha logrado reunir se refieren a una bisabuela materna de Odessa y a una abuela nacida en el barco que los trajo a Chile. Su abuelo materno proviene de Kiev; a los catorce años, con su mejor amigo, algunos hermanos pequeños y su padre cruzaron Europa para tomar un barco a Argentina; de los que permanecieron en Ucrania (entre ellos, su madre), no pudo averiguar nada. Su abuelo paterno proviene de un pueblo llamado Ulanov, ubicado en algún lugar entre Moldavia, Polonia y Ucrania, y su abuela paterna nació en Cracovia aunque después vivió en Varsovia. Todos ellos emigraron a América entre 1906 y 1918.

El resto de la historia es una confusa deuda inmemorial. El olor de los vestidos de las ancianas de ojos claros sentadas en un recodo sombrío de la piscina del Estadio Israelita, observando tras el velo de su sombrero a los nietos chilenos. Las telas de sus vestidos traídos en el barco. El aliento que exhalaban las carteras cuando buscaban un dulce añejo para la nieta

de la amiga. Todo eso representó desde su niñez esas tierras innombrables.

La caída de agua y la roca en primer plano
vacía...

Al momento de encontrar el álbum de fotografías, había planificado un viaje a Ucrania. Como no le interesaba encontrar parientes vivos o su nombre en una tumba, decidió que buscar el origen de las fotografías podía ser un destino tan real como el otro.

La adolescente en traje de baño levanta los talones del suelo y extiende los brazos hacia el cielo: la pelota ha salido fuera de cuadro y el movimiento se congela...

Equipaje

En la mochila con ruedas lleva dos pantalones largos y uno corto, cuatro póleras de manga corta y dos de manga larga, dos chalecos. Un cortaplumas comprado y afilado en el pasaje Matte, una petaca, una bufanda de seda azul, una chaqueta de cuero dada de baja por bomberos, *Las flores del mal* de Baudelaire, una linterna taiwanesa, unas hawaianas amarillas para no contagiarse hongos en las duchas (su madre), un gorro de lana chilote, una mano de Fátima para la buena suerte, un par de aros con forma de pájaros, un cuaderno de viaje azul, lápices, goma de borrar, cuchillo cartonero, un *Diccionario de la lengua española de tareas escolares Zig-Zag*, tres disquetes, un plato de plástico verde comprado en La Vega, antiinflamatorios, una foto de su bisabuela con su madre tomada en Valparaíso y otra de su bisabuelo con su abuela, un estuche con hilo negro, rojo, blanco y agujas (su padre), y el libro *Cuadros de pensamiento* de Walter Benjamin.

En un bolso de mano lleva el boleto de avión, el pasaporte y un cuaderno de tapas blancas con direcciones.

En un estuche de género fucsia, sujeto a su cintura por un elástico, que guarda bajo el pantalón, lleva las tarjetas de crédito, los cheques viajeros de cincuenta y cien dólares, una fotocopia del pasaporte, el recibo original de los cheques viajeros, tres billetes de mil pesos para el regreso a Santiago.

Miércoles 23 de diciembre de 1998. Aeropuerto Heathrow. Londres. *Escucho las primeras palabras que nombran en otro idioma los objetos familiares mientras reviso un mapa del Metro. Las estaciones me evocan a la joven inteligente en la fiesta de la señora Dalloway, la americana de Henry James, la borracha de Jean Rhys...*

Cuando me encuentre en ellas, evocaré la vida que no llevo en Salvador, Los Héroes, Cal y Canto...

Dinero Viaje
 Travellers → 15 de a 100 USD
 20 de a 50 USD

VISA → 300 USD
 Master → 300 USD
 Cte Corriente → 150.000 pesos
 Deuda → 380.000 pesos

Travellers 100
 RA 207-733-81-80-79-
 78-77-76-75-74-73-
 72-71-70-84-83-82

Travellers 50
 HA-502-307-777-776-775-
 774-773-772-771-770-
 769-768-767-766-765-
 764-763-762-761-760-759-
 758

Travellers	Visa	Master	Cte Corriente	Deuda
15 de a 100 20 de a 50	500 USD	500 USD	350	300 USD

El dinero que la viajera lleva escondido en el estuche fucsia, bajo el pantalón, alrededor de la cintura, es el lazo que la sujeta a la realidad.

El funcionario de migración que revisa los pasaportes no da importancia al domicilio original de la turista. La palabra Bilbao no significa para él la pequeña casa al fondo del pasaje, la ventana de la cocina, desde donde ella arma el relato de sus habitantes, la ausencia de Y.

El timbre cae en una hoja en blanco.

"...nada se conoce, sólo se ahonda en el propio abismo..."

(Charles Baudelaire, *Las flores del mal*,
"El viaje", ejemplar adquirido en la feria de
Achupallas, Viña del Mar)

Estaciones

Kilburn. En el suelo del andén que corre en dirección a Elephant & Castle hay una bufanda de lana gris. La gente pasa y no la ve. Cuando sube al vagón, queda allí.

Baker Street. Intenta comprar papel higiénico en un negocio hindú y recibe papelillos.

–It's my pronunciation –se disculpa.

–Is our pronunciation –se burla el inmigrante.

Picadilly Circus. Antes de partir de viaje, viene a verla un amigo periodista, que se caracteriza por la impresionante cantidad de datos objetivos que almacena en la memoria. Lo acompañaba su hijo Rafael. A los cuatro años de edad conoce cinco recorridos de autobuses con sus números, y ya vivió la experiencia de viajar desde la esquina de su casa al paradero junto a su abuela.

Los inmigrantes que viajan en el Metro, su experiencia de la ciudad, los olores, la luz, los sonidos, el transcurso del tiempo, corresponden a los fragmentos que encuentra al salir de la estación.

Kensington Garden. Pasea como la señora Dalloway, pero en vez de confeccionar la lista de invitados a su fiesta, calcula de cuánto dinero dispone para almorzar.

Mapa del Metro de Londres de la agenda que le regalará a la autora en Chipre del Sur un militar inglés retirado que combatió al IRA.

Charing Cross. Los adornos navideños se estremecen con el viento que trae la lluvia. En el interior del bar, un africano abraza a una inglesa de piel blanca que llora. "Good girl. You don't have family?", pregunta, y la rubia continúa llorando. "No problem. You are very sweet", la empuja suavemente hasta que desaparecen por la boca del metro.

Leicester Square. Un grupo de estudiantes de Colombia y Puerto Rico gritan y ríen como verdaderos latinos en la mesa de un pub. La joven escocesa que los acompaña, apenas puede tenerse en pie: "it's so funny, so funny". Al otro extremo de la mesa, un joven inglés que lleva un abrigo cien por ciento lana se pone colorado. "It's so funny", repite la escocesa estrellando la frente en la mesa.

Green Park. Dos amigos griegos entran a un céntrico restaurante griego. El mozo les ofrece su propia comida en inglés con acento griego. Los clientes responden en la misma lengua con igual dificultad. Cuando terminan de cenar, los tres se desean Merry Christmas.

Kilburn. A las diez de la noche del 24 de diciembre de 1998, por el subsuelo de Londres se desplazan un pakistaní, dos africanos, un asiático, dos colombianos y una chilena. En algún lugar de la superficie la familia real abre sus regalos.

Tottenham Court Road. La chilena perdió el gorro de lana chilote.

En la pendiente de una colina con una montaña nevada de fondo, en el pasto, con las rodillas flectadas, hay dos mujeres y una niña. La mayor fuma un cigarro, la niña mira el lente, la joven que lleva un collar blanco en el cuello se inclina hacia delante con los ojos cerrados...

Escaparates

Aeropuerto Ben Gurión. La luz azulina se derrama sobre la losa, el terminal, los autobuses, la aduana, los pasajeros, los pájaros de la mañana no despiertan. Hace frío.

En el trayecto al centro de Tel Aviv se advierten las señales de su precariedad como existencia. Los edificios grisáceos y descascarados, las ventanas oxidadas. Entre hoteles de cinco estrellas, sitios eriazos, construcciones inconclusas o tapiadas, montículos de arena, cañerías, bloques de cemento, dando cuenta de la posibilidad cotidiana de un derrumbe. Fragilidad que contrasta con el ajetreo chillón de sus calles: bocinazos, conversaciones a gritos, martilleos, la gente va y viene, sus zapatos que aplastan las grietas por donde amenaza la desidia, el placer, la duda.

A la entrada de los locales de comida rápida, un montón de finas lonjas de carne atravesadas por un fierro dan vueltas alrededor del fuego. El encargado raspa meticulosamente el borde de la carne con el cuchillo hasta que la fuente de aluminio se llena de hilachas que introduce al interior de un pan pita relleno con ensalada y salsa, envuelto en papel mantequilla.

El proceso se repite durante horas y días, todos los días del año todas las horas. Mientras haya carne, el fierro no dejará de girar ante el fuego.

Puertas

En el centro de Tel Aviv existe un barrio, a una cuadra de la principal avenida Ben Yehuda, que hace pensar en un melancólico pueblo del norte de Chile o Polonia. Es verdad que comienzan a surgir restaurantes, talleres artísticos y tiendas de souvenirs, pero el desgano, las casas hundidas bajo el nivel irregular de la calle, la música fuerte, la gente que conversa en las aceras sin camisa, la separan de la ciudad moderna.

Entrever lo que ocultan las puertas es la razón que anima al viajero a caminar por las ciudades; una especie de timidez, mezclada con respeto, impide prolongar la observación el tiempo necesario y, hambrientos de imágenes fugaces, se hace necesario completarlas en la imaginación.

A través de una rendija en la puerta, una habitación sin adornos, un grupo de sillas pegadas a la pared y una mesa llena de libros dan la sensación de que sus habitantes están más allá del barrio, de la ciudad, de Israel.

Siguiendo calle arriba hay una tienda. Las dos mesas afuera hacen pensar que se trata de un café. En el interior, libros, sillas en mal estado, frascos, cajas, vidrios rotos... Un hombre de larga y descuidada barba, tras un escritorio metálico, mira a un joven de chaqueta negra gastada en los codos que pela papas.

El barboteo del agua en la olla da cuenta de que se trata de un restaurante, donde el hijo representa

por años el acto de preparar la comida, mientras su padre se queja de lo mal que va el negocio y los comensales olvidan acudir.

Por la calle aparece un grupo de religiosos ancianos. Llevan los libros abiertos tan cerca del rostro que las letras trazan a un mismo tiempo el canto y el paisaje del ghetto narrado por Sholem Asch.

—Le rezan a la luna llena —explica el padre inclinándose a su paso—. ¿Usted de dónde viene?

—Chile.

—¿Hay judíos en Chile?

—Sí.

—¿Cuántos?

Da una cifra cualquiera. Los religiosos se detienen en la siguiente esquina. Al interior de la tienda, iluminada por una ampolleta que cuelga del techo, se escucha una melodía popular hebrea. El joven ha trozado los huesos y los mete a la olla. El padre alisa sus tupidas cejas, puede que esté pensando o puede que no. De la calle surge un joven vestido a la moda. Sus ademanes vehementes expresan la satisfacción de haber encontrado la oportunidad que se merece, y le parece increíble que esos dos sigan aferrados a su incredulidad. Discute con el padre. A la mitad del argumento se vuelve contra el joven que reparte el caldo en tres vasijas, divide una hogaza de pan y coloca todo sobre el escritorio fiscal.

El visitante pasea la mirada por las ollas grasientas, la espalda curva de su amigo de infancia, las manchas de grasa, los platos cascados, se desploma en la silla, remoja el pan en el caldo, se lo introduce a la boca de una vez, y corre el tazón; aquellos dos no van a rendirlo, busca en los estantes y bajo los volúmenes, un pedazo de papel, encuentra un cuaderno y comienza a sacar cálculos en voz alta de la cifra en dólares que ganará. Cuando levanta la cabeza, ve a su joven amigo

inclinado sobre el lavaplatos con la blusa arremangada y al padre escuchando noticias junto a la vieja radio. Arroja el cuaderno y sale.

—En este país están todos locos. Yo me voy a América —se aleja diciendo bajo la luna llena.

Al interior del restaurante, el joven, que ha servido dos tazas de té, para su padre y para él, recoge el cuaderno y lo coloca sobre una pila de libros.

Por eso le gustan las puertas. De no haber entrevisto la casa de rezos, lo que sucedió después no le habría sido develado.

Viernes 8 de enero de 1999. Tel Aviv. *Los habitantes de la ciudad, refiriéndose a ella, la comparan con Nueva York. Yo encuentro que se parece al Santiago de los años 70.*

Ventanas

En los edificios antiguos de Tel Aviv existe la costumbre de usar persianas metálicas en las ventanas para protegerse del sol del verano, pero nos encontramos en invierno y están cerradas.

Caminando por las callejuelas de Safed encuentra la pequeña sinagoga de Abuhav. A lo largo de la habitación hay dos hileras de asientos enfrentadas. Al igual que en ciertos trenes, a pesar de la proximidad, los que rezan evitan encontrar sus miradas, pero aquí no hay ventanas.

En los alrededores de Safed –un pueblo mayoritariamente ortodoxo–, funciona la escuela de la torá y al frente, un cementerio. A cualquier hora, presurosas figuras de negro van y vienen entre la escuela y las tumbas iluminadas de los rabinos santos. Más allá del cementerio, de la casa de estudios, del sendero, hay un gran basural.

Para un palestino de Akko, el problema de los israelíes es que son “insight”. No necesitan abrir las persianas. La serpiente se muerde la cola.

Estación terminal

Cerca de la estación de autobuses de Tel Aviv, entre los vendedores de drogas y las prostitutas, hay una calle peatonal abarrotada de negocios que ofrecen cervezas a precios populares. El suelo está cubierto por cáscaras de semillas de girasol que los bebedores se echan a la boca entre trago y trago. Son hombres macizos y de modales bruscos. Tienen la piel blanca y los ojos claros. Vienen de la ex Unión Soviética, ahora viven en Tel Aviv, y se refugian cerca de la estación de autobuses: aunque no van a ninguna parte, el límite es el lugar posible.

Álbum de familia

En el Museo de la Diáspora, bajo la luz melancólica que envuelve el camino, el barco, la maleta, hay un servicio computacional donde los visitantes se informan acerca de su árbol genealógico. Escribe sus apellidos en un papel.

–Lo siento –dice la funcionaria al cabo de unos minutos.

–¿No existen?

–No los tenemos registrados.

РУМСКИЙ МИТНИК ПОЛӨСТЭЙН СТЭК БАССЫ

Los apellidos de la viajera escritos en ucraniano por R. Nacido en Ucrania, vivió hasta los treinta y tres años en California. En 1998 emigró a Israel, pero tampoco allí se siente a gusto. Cuando lo conoce en el Sinaí, piensa en volver a Ucrania a la búsqueda de una novia que tuvo a los trece años y a quien, en ese momento, no supo reconocer como el verdadero amor.

Tejedoras

Cada vez que la viajera se aventura a un nuevo lugar, siente un cosquilleo interior. Una mañana de enero llega a Safed en los altos del Golán. En la guía turística dice: “atractivo pueblo en la montaña con una rica herencia de misticismo judío, bendecido con una maravillosa vista”.

La estación queda en un recodo del camino que asciende a la ciudad. “¿Y si continúo al lago Teverya?” El chofer sube a la máquina. Seguir de largo, permanecer... En el cuaderno azul escribe las ciudades de destino, las ciudades de paso y las ciudades que no encuentra. Podría dejar la mochila en custodia y echar un vistazo, pero si decide quedarse, tendría que volver por el equipaje. ¿Hay un camino acertado y uno equivocado?

Calle arriba aparece un grupo de niñas con vestidos que cubren sus tobillos, cuello y brazos. Telefonea a la dueña de un hostel barato. Queda de esperarla en la casa en diez minutos. ¿Y si regresa a la estación? Shoshana tiene el cabello canoso, largo y desordenado, de la barbilla le salen pelos y casi no tiene dientes superiores. La sigue a un pequeño y sucio departamento donde hay cinco catres, uno al lado del otro. Debe estar acostumbrada a leer la decepción en los turistas porque inmediatamente se muestra amable e, incapaz de decir que no, la viajera termina pagando los treinta nis (\$ 3.000 chilenos) que le cobra por noche.

Sale furiosa. “¿Qué busca?: Una ventana a través de la cual atisbar un pedazo de ciudad o un paisaje, y una mesa para colocar la computadora.” En vez de eso, se halla nuevamente en las calles. Encuentra un pequeño templo que evoca a su abuelo y la modesta sinagoga (cuando las sinagogas en Santiago eran modestas) en el segundo piso de una derruida casa de la avenida Independencia con canastos llenos de maní para los niños. Sigue a un hombrecillo embutido en un largo abrigo negro, tocado por un sombrero del mismo color. Dejan atrás el centro, caminan por las colinas pedregosas, bañadas con la luz del atardecer. Entre los fragmentos de lápidas retorcidas y arrastradas por un derrumbe inmemorial, de modo que es imposible dilucidar cuándo se camina por el sendero y cuándo sobre una tumba, circulan como hormigas los religiosos.

El sol desploma la sombra de las nubes sobre las colinas. Hasta una tumba santa iluminada por una lámpara a kerosene llegan tres muchachas; como es la costumbre, recogen piedras y las colocan sobre la losa. Una de ellas va cubierta por un vestido en forma de saco y sostiene un libro de rezos entre sus manos. La segunda joven se sienta en una piedra y una tercera enciende un fósforo y espera hasta que la llama se consume, pero antes de ello, el dolor le hace soltarlo.

—Vieron a Ari tomando helados con Ester —dice, intentando con un nuevo fósforo.

—Es una traidora, pero me voy a vengar.

—Tú fuiste la que terminó con él —grita la joven, soltando el fósforo quemado con un grito.

—Que niñas son —las increpa la joven que reza.

La intensidad del cielo próximo a apagarse recorta las figuras de la joven ortodoxa, la ex novia de Ari y la muchacha de los fósforos. La viajera, a varios metros de distancia, sigue sus movimientos, pero no

alcanza a escuchar lo que dicen, aun cuando se acercase; hablan en hebreo.

Shoshana, la rumana con pelos en la barbilla, ofrece a su huésped una manzana y ésta una petaca con vodka. El frío, la soledad o la pobreza, provoca que ambas entren en intimidad. La anciana cuenta que su esposo la abandonó por otra, se llevó el dinero y le dejó los tres hijos. Ellos se casaron y ahora vive sola. Lo dice riendo como si hubiese sido una mala broma, como si le hubiese sucedido a otra, a la huésped. Luego ríe de los ortodoxos que llevan celulares bajo sus abrigos negros y se emociona al recordar el dinero que gastó en salvar a su perro ya muerto. Recomienda a la viajera tener un hijo porque no es bueno llegar a vieja sola. Ésta le contesta que, teniendo cuatro hijos, también está sola. “Oh, me llaman por teléfono”, sonríe Shoshana.

Hoy se encuentra escribiendo en la cocina, sobre un viejo mantel plástico, con el ruido intermitente del refrigerador, ante una minúscula ventana a través de la cual se distingue la copa de un árbol y una nube. Ya pagó los treinta nis de esta noche. Por la tarde, recorrerá las calles, tal vez vaya al cementerio y se siente en una piedra o en una tumba, hasta que sea hora de volver al cuarto. Hará tanto frío que se meterá en la cama. Shoshana aparecerá arrastrando las piernas. Como en su niñez, cuando sostenía alrededor de las muñecas la lana que su abuela ovillaba, Shoshana desovillará noche tras noche, a tres mil pesos chilenos la jornada, una historia que la huésped enrollará en sus muñecas.

Función de cine

A la película francesa que exhiben en la matiné del domingo en el cine arte de Carlebach sólo acude media docena de espectadores. En la fila G se sienta una mujer delgada, con una parka roja. Entre sus manos tiene un rinoceronte de trapo que acaricia con la intensidad de quien se encuentra al borde y no tiene a qué aferrarse.

Cuando termina la película, las calles están invadidas por gente que sale a divertirse o vuelve de una tarde familiar. Entre ellos, camina una mujer de parka roja, que se sostiene de un rinoceronte de trapo, seguida por una mujer de chaqueta de cuero que no tiene dónde ir.

En la vermut del cine arte de Carlebach, el domingo 17 de enero de 1999, Romy Schneider se enamora de Michel Piccoli.

Álbum de familia

El departamento de estudios ucranianos de la Universidad de Tel Aviv es un conjunto de minúsculas oficinas.

El profesor B. observa ansioso su reloj bajo los pesados libros con lomo de cuero que parecen a punto de desplomarse sobre su nuca.

—Lo siento —dice, depositando el volumen que ha consultado sobre la mesa cubierta de libros—. Debe ser un poblado o cambió de nombre después de la revolución.

—Tal vez en otro libro —sugiere la visitante.

El profesor B. tiene una mancha roja en el cuello. A ella también, cuando está nerviosa, le aparece una mancha roja, pero a él, de tanto tenerla, le ha quedado impresa.

—Tal vez en la Biblioteca... —se excusa mostrando los punteros de su reloj pulsera reunidos al mediodía.

Una isla fotografiada desde tierra firme, se divisa la torre de una iglesia...

Sentada a un extremo de la mesa, ante una ollita con comida, encuentra a una mujer pálida y desgarrada con el pelo rubio peinado en un moño. No sabe inglés, sólo ucraniano. La visitante le enseña la hoja del cuaderno escolar forrado con papel volantín blanco donde

B. escribió el nombre del pueblo que busca. La bibliotecaria tapa la olla. Con resignación, sube dos peldaños de la escalera de mano, saca un ejemplar en cuero rojo, pasa las páginas, lo vuelve a colocar en su lugar, y escoge un segundo. Baja de la escalera y coloca el volumen abierto en un mapa de Ucrania.

La visitante se encoge de hombros.

—Ulanov —insiste la mujer, señalando con el dedo un punto minúsculo entre las líneas.

Intenta hacerse una idea de la ubicación del pueblo natal de su abuelo paterno, pero los nombres están escritos bajo el alfabeto cirílico. La bibliotecaria echa un vistazo a la olla, toma el cuaderno escolar y dibuja una línea férrea que termina abruptamente en un punto.

—Vinnitsa, Ulanov —se encoge de hombros.

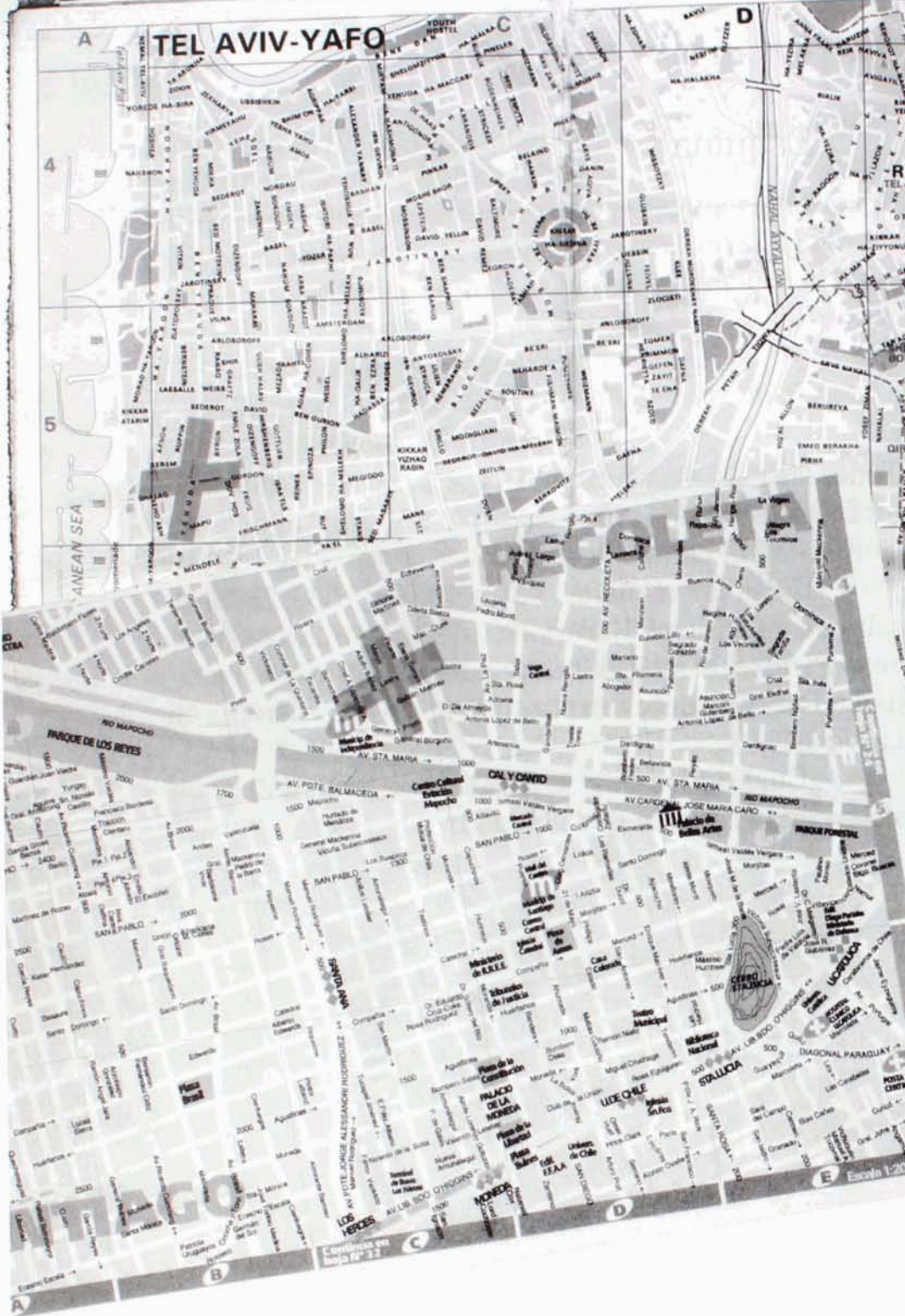
La misma isla, desde tierra firme, no se distingue la torre, sólo la copa de los árboles.

Esquina

Todas las mañanas entre el 10 y el 20 de enero de 1999, una turista chilena cruzó la esquina de Ben Yehuda con Gordon en el centro de Tel Aviv.

Todas las mañanas entre 1925 y 1960, León R. salió de su casa en Maruri 329, dobló por Lastra, atravesó Picarte, atravesó Independencia, atravesó avenida La Paz, y se detuvo ante su negocio de abarrotes en La Vega.

¿Cuál de los dos, la turista o el emigrante, persisten en la retícula de la ciudad?



Mapa de la esquina de las calles Maruri y Lastra en Santiago. Mapa de la esquina de Gordon y Ben Yehuda en Tel Aviv.

Fieles

Ciudad Vieja de Jerusalén. A las diez de la mañana del viernes, los helicópteros del ejército israelí custodian a los musulmanes que acuden a la mezquita en el último día de Ramadán.

A las seis de la tarde, los helicópteros del ejército israelí custodian a los judíos que acuden al Muro de los Lamentos en el primer día de Shabbat.

A las ocho de la noche la Ciudad Vieja está cerrada: tiendas de souvenirs, mezquitas, sinagogas, iglesias ortodoxas, católicas, la bóveda donde está enterrado Cristo, las piedras basales, restaurantes griegos, armenios, italianos, tiendas de alfombras, pastelerías, panaderías, el hombre que vende humus... En un hostel para mochileros llamado Tabasco tocan la música de Bob Marley y turistas venidos de todo el mundo beben cerveza barata, escriben postales o miran un desfile de Versace por la televisión.

En las casas árabes se celebra el fin del Ramadán con una espléndida cena. En las casas judías se celebra Shabbat con una sobria cena.

En el barrio alemán de la ciudad nueva, un grupo de ortodoxos arroja piedras contra un grupo de judíos que decidieron abrir su bar durante Shabbat.

A medianoche la Ciudad Santa duerme.

La primera vez que camina por el barrio judío de la Ciudad Vieja de Jerusalén, se encuentra con el dueño de una librería ubicada en el sótano de un convento construido en la época de las cruzadas. Pertenece a una generación poco tolerante con los no religiosos como ella, a quienes considera “católicos”.

—Vamos a ganarles, ¿sabes por qué? Ustedes no tienen hijos, en cambio, un religioso tiene siete u ocho niños.

—¿Y todos los hijos terminan siendo religiosos?

—Algunos se rebelan. Es parte del crecimiento buscar la propia identidad, pero cuando forman una familia, se dan cuenta de que sólo pueden educar a sus hijos como sus padres hicieron con ellos, y vuelven al camino.

Los libros, que ocupan toda la pieza y las bodegas, están manchados, deshilachados, polvorientos. El hombre los odia por haberlo arruinado. “Antes me gustaban los libros e ir al cine, pero ahora quiero realidad, la realidad es lo único que me interesa”, dice, señalando la computadora a través de la cual envía un boletín sobre judaísmo a miles de inscritos reales, que el e-mail devuelve por tratarse de direcciones incorrectas.

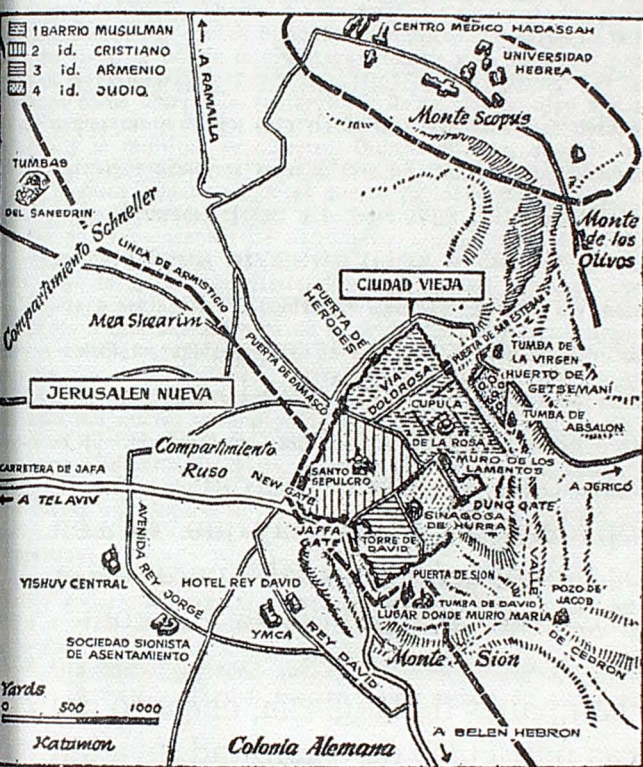
El sábado almuerza en casa de un religioso que trabaja en la IBM. Ya tiene tres niños y su esposa espera un cuarto.

LIBRO TERCERO

Ojo por ojo

...tú tendrás que pagar vida por vida, ojo por ojo,
diente por diente, mano por mano, pie por pie, que-
madura por quemadura.

La palabra de Dios según le fue
dada a Moisés en el Éxodo



-EXODO

Mapa de Jerusalén inserto en el libro *Éxodo*, de León Uris, que Teodoro R. regaló a Dora M. en 1960 cuando estaban de novios y que hoy forma parte de la biblioteca de la autora.

—Yo fui educado en una familia religiosa, pero no quise seguir estudiando las escrituras, quise trabajar, salir al mundo real. Después de unos años me pregunté qué quiero de la vida: los bienes materiales no me satisfacen, necesito algo espiritual, que trascienda, hacer algo por mejorar el mundo.

—¿Qué hiciste?

—Bueno —contesta tras su larga barba—, me casé, tengo hijos y voy a educarlos como buenos judíos, honestos, que hagan el bien.

Es imposible no sentir simpatía por este pequeño ser que predica desde un destartalado sillón, entre pañales y mamaderas. “El único sentido de estar aquí es porque fuimos elegidos para ser la conciencia del mundo. Si somos honestos, si actuamos de acuerdo a la verdad, el mundo va a tener un ejemplo donde mirar; no importa que ahora escojan otro camino, nosotros seguiremos estudiando la Torá, siendo honestos, y en algún momento van a darse cuenta de que es posible manejar la tecnología y vivir con verdad”.

“La guerra con los palestinos no hay que verla en forma política. Dios nos pone esta prueba para evitar que vayamos por el camino fácil del placer y la comodidad ahora que tenemos un Estado”.

Escucha las campanas de la iglesia, el canto del muecín, las primeras partículas de oscuridad invaden los rincones de la casa. Según la tradición, durante Shabbat no está permitido accionar interruptores, por eso, todos los sábados, antes de que caiga la noche, en Israel se enciende la luz en forma automática.

0775
NON RECLAME

Cynthia Rimsby
~~Coneo Central Tel Aviv~~
(Poste Restante)
~~Tel Aviv~~
ISRAEL



Carta enviada desde Santiago por Rita Ferrer y
devuelta a la remitente por no ser reclamada.

“Querida amiga:

¿Acaso no sabes ya que ser judío es ser en el exilio aunque sea en su propia tierra? ¿Cuál es el centro que añoras si Dios en el mundo salió de la escena y sólo está de espectador? (¿Viste lo de Armenia en Colombia? El Apocalipsis no fue el terremoto sino una ciudad completa en estado de barbarie). Me alegró recibir tu carta hace ya poco más de una semana. Extrañamente me pareció que “el viaje” sólo es una excusa para concentrarte a la manera de los futbolistas y limpiarte de esta atmósfera miserable que parece invadir la vida cotidiana en Chile. Respira, respira y sigue contándome sobre las cocinas de mujeres como nosotras. Es una forma sensata de afirmar un estilo que a ratos me parece insustentable en este medio que cada día más se desangra tras perseguir el ‘progreso’.

Acá las cosas están de miel y de hiel. De miel porque esta época es ideal para ‘concentrarse’ en Santiago. Mi jardín está precioso: tengo flores y algunos cultivos estelares como mis tomatitos de cóctel, que me dan mucha alegría. También es la época en que emprendo el abastecimiento de conservas básicas para el año.

Todos los días me despierto a las 7:30 y veo las noticias hasta las 8:00 en la tele. Y de ahí emprendo una hora y media de lectura en cama con buen café. Durante este tiempo he leído bastante y a tu vuelta te

voy a presentar a 'un amigo' que piensa justamente sobre lo que tú mencionas en tu carta de la ética judía: honestidad, estilo de vida, verdad. Obvio que es judío (parece que somos los únicos que se desvelan por seguir pensando en estas cosas, que parecen 'superadas' para el resto de la humanidad).

Todos los días escribo –o al menos lo intento– un par de horas; que normalmente son entre dos y cinco de la tarde. Me viene bastante bien ese horario porque mi casa es fresca a esas horas de gran calor.

La Adela me tiene trastornada. Es una bohemia empedernida y vivo en la cuerda floja porque las cosas en la calle no están muy bien y ella, que recién comienza, piensa que está por sobre las circunstancias que la rodean: al respecto, las noticias están tenebrosas. El otro día asesinaron a un chico de diecisiete años por ajuste de cuentas entre pandillas y, a partir de eso, todos los días aparecen noticias impresionantes de pandillas juveniles de todos los sectores y no te imaginas las distorsiones y ferocidades, producto del mundo hostil en el que transcurren sus vidas. En todo caso, Adela está bien y un par de experiencias (se pasó una noche en 'cana' por andar sin documentos a la salida de una discoteca en Maitencillo y a la semana siguiente hicieron lo mismo con una amiga), han servido para entender juntas que las cosas no sólo dependen de su actitud personal sino que hay que tomar en cuenta la mentalidad del contexto. Ahí vamos...

La hiel: Se confunde el silencio propio del verano con densos aires de recesión que me tienen preocupada e impiden que disfrute de mi tiempo libre que, más que descanso merecido, a veces se confunde con la 'nada'."

Espejismo

Frontera entre Israel y Egipto. Camina de madrugada por el corredor que separa ambos países. Atrás quedan las luces de Aquaba (Jordania), Elat (Israel) y Arabia Saudita: están tan cerca unos de otros que hacen pensar en la intimidad de los enemigos.

La luz azulina hace aparecer una imponente cadena de montañas rocosas que el sol comienza a iluminar caprichosamente mientras el Mar Rojo se torna verde. Al final del camino, un beduino en un destartalado Peugeot station con la palabra taxi ofrece llevarla al lugar donde encontrará los automóviles a Dahab. Un kilómetro más adelante, se detiene en un descampado.

—¿Y los taxis? —pregunta.

—No taxis —contesta mirando el reloj como si tuviera la culpa—, sólo el mío.

Está tendida sobre un montón de cojines dispuestos en un rectángulo de arena demarcado por troncos de palmeras y cubierto por varias alfombras a la manera de una tienda beduina en la arena. Está mirando el mar. Detrás quedan las montañas; junto a ella, una tetera con té preparado en las brasas. Según el taxista, por ser una persona, salía muy caro ir a Dahab, así que en un punto del camino dobló a la izquierda. Cuando quiso preguntarle el nombre del lugar, ya no estaba.

Un joven moreno con turbante azul la conduce a su “hucha”, una cabaña de bambú hectagonal, con al-

fombras, un colchón y cojines. Vuelve a la playa. Cuando el sol está muy fuerte, se desplaza hacia la tienda beduina cubierta con techo de palmas. Cuando siente frío, vuelve al sol. Son los únicos movimientos que hace durante el día.

Por la noche sale a caminar y descubre que detrás de las dunas hay una calle de tierra con restaurantes y cabañas. Hay otros turistas alrededor de una fogata leyendo o tomando té. Un hombre llamado Hassan la invita a ir con él a la cabaña de un amigo donde comen unos exquisitos dulces preparados por su madre. Luego la llevan a una discoteca, que no tiene permiso para funcionar, y ven una telenovela egipcia donde el protagonista, secuestrado por beduinos y criado por europeos, intenta encontrar a su verdadera madre. Al regresar en la oscuridad, advierte que está junto a dos extraños, desconoce el lugar donde está su alojamiento y ni siquiera sabe cómo se llama el pueblo. Las plantas de sus pies comienzan a sudar. Entonces recuerda lo que le dijo un marroquí años atrás: "Sólo puede pasarte lo que tú quieres que te pase". Y vuelven a aparecer las estrellas, el sonido del Mar Rojo, las luces del pueblo, las dunas, su cabaña.

Desayuna café con leche recostada sobre los cojines ante un mar quieto y silencioso. A veces también una omelette o ensalada con feta (queso de oveja). El primero en pasar es el hombre que arrienda caballos. Luego cruzan los beduinos que arriendan camellos. Dos veces al día pasa el barco blanco que va del puerto de Nuweiba a Aquaba.

Al mediodía camina al pueblo. En cada alojamiento por donde pasa la invitan a beber un té. Issa habla de Sudán, Mohamed de su familia beduina que lo dejó

en un internado en Egipto y pasaba a verlo cada año con la caravana. Hablan del sentimiento de no pertenecer a ningún lugar. A través de sus relatos, recorre Sudán, Chad, El Cairo, Europa. Su mente viaja, su cuerpo se deshace. Aquí todos ansían el verano porque se llena de gente que duerme en la playa, arma fiestas por las noches, y la temperatura llega a 48 grados. Aun ahora que es invierno, el calor vuelve perezoso y hay que hacer enormes esfuerzos para emprender una tarea. Hoy demoró todo el día en llegar al pueblo. Casi lo olvida. Quería comprar naranjas.

En el glamoroso Henlan Hotel de Nuweiba, un grupo de música sudanés toca *My way*, *Bésame mucho*, reggae y folklore sudanés. Tirados sobre cojines, fumando en una pipa de agua tabaco aromatizado con manzana, escuchan a un hombrecillo vestido de chaqueta negra y pantalones blancos, que canta con los ojos cerrados y su voz aguda evoca una ópera japonesa. Issa, los sudaneses, una inglesa y la chilena bailan. El cantante la invita a tomar té con brandy a su cuarto para mostrarle unas composiciones suyas. Ya conoce el juego y le dice que mañana. Las familias egipcias se aburren.

T. es una estudiante de antropología israelí que vino aquí a preparar el examen de grado a escondidas de sus padres. "Mi madre me diría: por Dios qué haces ahí. Sal de ese lugar de perdición". La madre de T. tiene razón. Éste es uno de los pocos lugares donde los israelíes se relacionan con los árabes. Como queda a trasmano, Dios sólo puede vigilarlos de reojo. Los árabes ríen y dicen que los israelíes se dedican a leer, comer y beber.

A las cuatro de la tarde, invariablemente camina por la playa hasta City Beach, el único campamento donde venden cerveza. Generalmente está un holandés que se dedica a emborracharse y meterse drogas, y un atractivo hombre parecido a Paul Bowles que llegó aquí a los sesenta años y ahora se siente de veintidós. El DJ pone música egipcia y las montañas de Arabia Saudita a ratos parecen reales, luego un decorado y, más tarde, comienzan a desaparecer. El mar se tiñe de rojo. Quietud.

Ha dejado de preocuparle la seguridad, el dinero, la máquina fotográfica. Ha comenzado a olvidar que es una periodista chilena y que vino aquí a escribir un reportaje.

El taxi corre a 120 kilómetros por hora. La arena, en la noche, parece nieve. Cuando dos italianos, un francés y la chilena llegan al monasterio de Santa Catarina, construido en el siglo IV aC por la emperatriz Helena y habitado por monjes ortodoxos, es la una de la mañana. El plan es ver el amanecer desde la cumbre del monte Zión (2.285 mts.), donde Dios entregó la Ley a Moisés, antes del amanecer.

Caminan durante una hora y media hasta encontrar la escalera esculpida en la roca. 5.700 gigantescos peldaños que los llevarán a la cumbre. Se le agarrotan las piernas y la única forma de proseguir es levantarlas con la ayuda de sus manos; eso significa que se va quedando atrás. Para no morir de miedo, recuerda: el Volvo rojo de Moisés M., los domingos al mediodía, cuando pasaba a recoger a sus nietos, los Juegos Diana de la Alameda, el paso por el café Haití de la calle Ahumada, la lengua desconocida que usaba con sus amigos, la lengua conocida para sus nietos: "Deben ser obedientes y buenos, no causar sufrimiento a sus padres que

todo lo hacen por su bien o Jehová, que observa todo desde el cielo, los va a castigar”.

En una ocasión, después de ir al café Haití, llevó a sus nietos a un departamento de la calle Miraflores, donde una señora, una viuda, les obsequió bombones. Años después comenzó a dudar si deseaba ser buena, obediente, respetuosa. Ahora, con el abismo a sus pies...

En la cima del mundo hace frío, mucho frío. A pesar de la frazada es imposible dormir o así lo cree cuando la despierta un alarido. Se trata de un guía religioso que advierte a sus acólitos coreanos que el sol comienza a salir entre las montañas. Los fieles se abalanzan a tomar fotografías. Como la cima es estrecha, se vuelven hacia los cuatro turistas envueltos en una frazada. Cuando se van, aparece un pájaro rojo.

A las cuatro de la tarde del jueves 28 de enero de 1999, toma un taxi de regreso a Israel. Estuvo a cuarenta kilómetros de la frontera.

Una joven en lo alto de la colina contempla las
nieves eternas a su alrededor...

Álbum de familia

Su hermano y ella crecieron con la idea de que el sueño de su padre era conocer Israel. Ambos se comprometieron a que el primer sueldo como profesionales (son la segunda generación de profesionales de la familia), costearía el viaje. Llegó ese día y su padre no quiso ir. Ahora su hija está en el puerto de Haifa para tomar el barco en el cual abandonará Israel, en una fila de pasajeros, esperando pasar el control de la policía. Siempre ha temido a los policías y a los militares; en Israel aprendió a temer a los ortodoxos.

Cuando toca su turno, los uniformados israelíes, jóvenes y sanos, encuentran sospechoso que después de dos meses en el país, no haya encontrado a un familiar o un papel cualquiera que acredite su origen.

Puede tratarse del mismo lago donde estaba la caída de agua. Al fondo, apenas visible, hay un puente. Es un puente pequeño y curvo como el de *El puente levadizo* de Van Gogh. Al fotógrafo debe haberle parecido hermoso porque lo retrató solo...

Pudo mencionar a las ancianas junto a la piscina del Estadio Israelita, pero siempre odió el Estadio, en realidad, tampoco en el servicio computacional de la colonia chilena está inscrito su nombre. Pudo mencionar el mercado persa o a Walter Benjamin, a quien

Adorno intentó llevar a Palestina sin resultado, el olor del gefeltesfish que preparaba su abuela, o la cantidad de platos distintos que cocinaba con un solo pollo. Pudo haberlos enumerado:

Joledetz (gelatina de patas de pollo).

Panitas con cebolla.

Consomé con mondalej (masitas fritas).

Cogote relleno.

Chicharrones con ensalada de rábano.

Pollo asado.

Salpicón para el día siguiente, pero los policías no son inmigrantes. Por eso se llevan la computadora, buscan en su cuerpo, meten las manos en su mochila, revisan fotografías, cuadernos, casetes y hasta telefonan a un escritor que entrevistó para averiguar quién es ella...

Sobre el puente curvo, una mujer y una joven.

Desde la otra orilla, sólo se ven sus siluetas.

... la nieta chilena de dos familias emigrantes que entre 1906 y 1918 abordaron un barco que no se detuvo en Palestina.

Al mirar la fotografía de cerca, se advierte que los pies de la joven cuelgan fuera del puente,
sin rozar el agua.

La sirena del barco que se aleja del muelle de Haifa, el revuelo de los pájaros nocturnos que vuelven a la costa.

Jueves 11 de febrero. Mar Mediterráneo. *En tanto las nuevas lenguas registran mis pasos, la voz que me acompaña desde la infancia se repliega a un lugar tan íntimo que en ocasiones se hace necesario buscar las palabras olvidadas en el Diccionario de la lengua española de tareas escolares Zig-Zag.*

“Querida amiga viajera.*

Hoy es un día en que no encuentro posición. Más de treinta grados en Santiago y una barriga que crece, dejándome todo el resto del cuerpo en calidad de visita, son los culpables. Para escribir, apoyo el brazo izquierdo sobre la cama y a ratos la hoja se me pierde debajo de la guata. En fin, esto es el pincelado retrato de mi embarazo, al cual estoy completamente entregada.

Antes de ponerme a escribirte he discutido ante la única proposición que mi amigo Ignacio y yo hemos convenido para una de sus tareas: Se trata de describir su obra pintada y la idea es esta: “Muchas pequeñas coherencias, pegadas unas a las otras, mitigan una incoherencia mayor”. De pronto ésta observación suya, escrita con mil errores sobre una hoja blanca, me ha parecido el vivo cuadro del mundo y me he quedado sin nada que decir al respecto. Por eso decidí parar y releer tu carta. Los trayectos, las distancias, a veces despejan las cosas. Veo que, para ti por lo menos, funciona, y el mundo judío de primera fuente te habla claramente. Creo, por lo que nos cuentas, que el judaísmo como sionismo es más una ideología (nacionalista y, por lo tanto, cagona como cualquier otra de ese tipo) que un torrente cultural y sanguíneo, que capaz que

* Carta enviada por Ana María Risco y devuelta a la remitente por no ser reclamada.

escurra por otras vías con las que te cruzarás más inesperadamente. Ojalá. De todos modos ese ambiente bíblico que describes me llena de emoción, sobre todo ahora que un ánimo de Virgen María me tiene tomada (ésta broma es medio en serio).

Te hablaré de mis actuales ocupaciones:

–Pensar e intercambiar arrumacos con bebé (aún inaudito, es decir, no sentido como ser pataleante dentro de la guata, lo cual no deja de preocuparme un poquitín).

–Hacer tareas ajenas, lo cual pone furiosamente a prueba mi deserción teórica, como te he contado.

–Buscar desesperadamente pitutos.

–Preparar el gran viaje a la isla del fin del mundo. Me agrada decirlo así, ahora que tú estás entre esas grietas añejas del mundo.

Sabes que tienes tu lugar de privilegio reservado allá y tu novio que te espera con mediagua en alto. De modo que no debe importarte que te cuente que va a llegar medio mundo a la casita: Ale, Daniel, Vero, Gustavo, Ernesto, Cristián y Magdalena. Capítulo aparte para ella: totalmente desilusionada de los ciclistas existencialistas y cagados de onda (los adjetivos son suyos), ha decidido integrarse a un grupo de cicleros aventureros, entusiastas, musculosos y tostados, con los que va de gira a la carretera austral.

Espero recibirla por allá (en Chiloé) unos días. Claro que sola, porque en mi estado tanta testosterona puede ser de mal gusto.

Querida: no quiero que esta carta interrumpa tu interesante estado de amnesia respecto de este suelo. Me encanta saber que casi no existimos en las montañas del Golán, sino sólo como una confusa hebra de recuerdos en tu cabecita. Por favor, manténnos en esa espesura y que todo aparezca para ti como la vida verdadera...

Cariñosos saludos de Paul y de Bruno que, a todo esto, se largó a Nueva York con su abuela y nos dio filo con nuestro folklórico paseíto.

Ana María.”

Peregrinas

El *Sinfonía* pertenece a una generación de embarcaciones que durante los años 50 tenían casino, discoteca, bar, restaurante, tiendas de licores, boutiques, casa de cambio, cabinas de lujo. Hoy sólo permanecen abiertos un pequeño autoservicio y el bar. Los pasajeros son comerciantes o camioneros que deambulan por las raídas alfombras engañando el tiempo.

Un camarero de uniforme blanco percutido la conduce a la cabina 167. Como es la primera en llegar, escoge la cama de abajo (la cabina es doble) y vuelve a la sala común, donde un músico chipriota, un inmigrante palestino que tratará de desembarcar en Chipre, y un californiano, intentan seducirla. No es que les parezca irresistible, pero una viajera sola anda buscando sexo o si no por qué viajaría.

En el mismo orden, intentan abrazarla sólo como amigos, apretarla al bailar y emborracharla. Cuando vuelve a la cabina, la cama de arriba está ocupada por una joven que duerme vestida con el rostro tapado por un velo. El calor le hace dar continuas vueltas, emite quejidos y, por último, tira las sábanas hacia atrás dejando al descubierto sus pies.

Por la mañana, ve sus piernas deslizarse al suelo mientras la túnica queda retenida entre las sábanas. Nunca antes había estado tan próxima a una musulmana. La intimidad con lo que se vela, le causa extrañeza y deseo.

Por medio de gestos, la joven le cuenta que fue en peregrinación a Jerusalén y ahora vuelve a su casa en Rumania. Cuando le pregunta cómo estuvo el viaje, en sus ojos asoma un entusiasmo pueril.

El calor de los motores sumado al sol que entra por la claraboya hacen casi imposible respirar. Sugiere a la joven que salga a tomar aire fresco. Su dedo indica que no es posible para ella y pone en orden el velo y la túnica. La viajera saca de la mochila su perfume. Los ojos develados de la joven siguen el movimiento en el espejo. Se echa unas gotas en la base del cuello. La joven moja sus labios. Le tiende el frasco. Lo acerca a su nariz.

En la cubierta del *Sinfonía*, a medio camino entre Israel y Chipre, una judía viaja por el mundo. En la cabina 167, una musulmana vuelve de Jerusalén. Las dos tienen un olor.

Frontera

La línea que divide la isla de Chipre pasa por el centro de Nicosia, deja pueblos a un lado y al otro, deja la cumbre a un lado y la ladera al otro, el establo a un lado y la casa al otro, la vida a un lado y la memoria al otro.

Un país, ¿se parte como una torta, como una naranja, como un papel? La frontera, ¿se traza en la mesa de cocina, en la mesa de negociaciones, en un bar? ¿De quién es el mapa?

Un grupo de soldados desenrolla un gigantesco canuto de alambre de púas. Pasan por Kornokipos y lo dejan en el norte, pasan por Kalyvakia y la dejan en el sur.

Hubo gente que tuvo veinticuatro horas para cambiarse y se llevó los muebles. Hubo gente que tuvo cuatro horas y se llevó los animales. Hubo gente que salió con la ropa puesta.

A la gente se le quedó el paisaje, el álbum de fotografías del matrimonio, la muñeca, las cabras, un corazón tallado en un árbol, el pan recién horneado, un par de zapatos viejos, una cuerda, el tejido, la mesa, la silla, la cama, la almohada, la funda, los cabellos en la funda...

Alektora era un villorrio turco que quedó en el sur. Ahora lo habitan refugiados griegos del norte. Viven aquí hace veinte años y siguen considerando que las casas pertenecen a los turcos. El gobierno prohíbe



Fragmento de la línea fronteriza que divide Chipre del Sur de Chipre del Norte en un mapa comprado en Limassol.

venderlas o arrendarlas porque tienen dueño y, cuando se es propietario, siempre está la posibilidad de regresar.

Los chipriotas del sur perdieron el norte y ganaron dos bases inglesas. Los militares ingleses son dueños del terreno y de los edificios, son dueños de la ley dentro de la base. En los últimos diez años, también los ingleses jubilados viven en Chipre del Sur; tienen buen tiempo, un cambio favorable, casas baratas, negocios. Estos últimos cinco años vienen turistas. Tienen sol y hombres apuestos.

Diez años atrás los chipriotas del sur andaban en burro, vivían en colinas pedregosas, calles de piedra, casas de piedra, tras pircas, rodeados de cabras. Diez años después, tienen camionetas ranger, casas de cemento, microondas, supermercados, mafia rusa, cabarets con bailarinas rusas, carreteras de alta velocidad.

En Chipre del Norte tienen el árbol de limones amargos que describió Lawrence Durrell.

Viernes 12 de febrero. Limassol. *Plato típico: Cuezan las habas. Corte cebolla, tomate y queso blanco (cabra u oveja) en trozos grandes. Riegue los ingredientes con abundante aceite de oliva y sal. Sirva con una hogaza de pan fresco y un vaso de vino. Lleve la bandeja a un lugar soleado, ojalá cerca de una pared encalada o de una buganvilla. Tome una silla y ocupe mi lugar.*

Turismo inglés

Los británicos trabajan toda una vida en el Reino Unido. Cuando reciben la jubilación, se trasladan a vivir a Chipre del Sur donde, además del clima, podrán llevar un mejor estándar de vida.

Los matrimonios con hijos casados apuestan por una aventura que insuflará bríos a la relación. Compran una casa en un condominio que evoca su hogar de clase media en Gran Bretaña. Mientras el marido cierra las cuentas corrientes, la mujer viaja a disponer de la casa. Desembala los muebles, la porcelana inglesa, las alfombras heredadas de sus padres, hasta que todo luce "as home".

Pasan las semanas, el viaje del esposo se dilata, la mujer va a un bar, y se encuentra con que a los cincuenta años despierta los apetitos sexuales de chipriotas menores que ella y enloquece.

En lo alto de la colina que domina el pueblo de P. hay un restaurante exclusivo donde los ingleses adinerados intercambian mujeres. Más abajo, hay un bar donde los ingleses de clase media comparten sus mujeres con los lugareños.

Desde hace diez años, Chipre del Sur es invadida por cientos de mujeres solas o aburridas de un marido que prefiere engrandecer Europa a perder el tiempo en un efímero acto sexual. Viajan a Chipre, Grecia, Turquía, Marruecos o Túnez, con el mito del amante

mediterráneo. No importa que sean choferes de buses, campesinos, pescadores...

Los lugareños –acostumbrados al matrimonio arreglado entre familias– pierden la cuenta de las mujeres que llevan al auto, a la playa o a la casa en el condominio. Esto no significa que carezcan de preferencias: si la esposa es rubia, la británica será rubia.

El personaje del amante de Lady Chatterly, en los 90, un producto turístico-económico. Mujeres satisfechas por hombres de sangre caliente exigen menos dedicación a maridos que vuelcan sus energías al trabajo. La institución del matrimonio continúa, la iglesia se muestra satisfecha y, en el informe de la Unión Europea, Chipre aparece como posible miembro debido al desarrollo del sector turístico.

Sábado 13 de febrero 1999. Arriendo un departamento en un pueblo de Chipre del Sur para escribir sobre un viajero que encuentra un álbum de fotografías con mi apellido manuscrito en la primera página. Podía haber escogido Rodas o Alejandría, escojo Chipre porque aquí vivió y escribió Lawrence Durrell.

Una vez que me instalo en un pueblo en una colina a cuatro kilómetros de la playa, me entero de que el escritor inglés vivió en Chipre del Norte. Pero ya estoy aquí y el balcón con vista a las casas encaladas y hacia el mar es apropiado para vivir en un lugar sin otro lazo que la escritura.

Domingo 14 de febrero. Hago compras. Me baja angustia de tener que estar allí tres meses. Camino a través de las colinas. Escucho el sonido de las campanas alrededor del cuello de las cabras. Vuelvo al departamento. Suenan las campanas de la iglesia.

Lunes 15 de febrero. Por la noche voy al bar y conozco a un grupo de británicos residentes. Tom, de 65 años, es ex policía. Rose, su esposa, posee un rostro masculino y arrugado que hace pensar en un travesti, y unas piernas que hacen pensar en una adolescente. Junto a ellos hay un chipriota parecido a Elmer el gruñón. Todos, excepto Elmer, perte-

necen a un grupo de jubilados que en verano van a la playa y en invierno al bar.

Martes 16 de febrero. *Me despiertan las campanas de la iglesia. Intento volver a dormirme, pero una vivaracha anciana vestida de luto conversa a viva voz con alguien al otro lado de la pandereta. Media hora después, cuatro ancianas, cuyos vestidos negros despiden un olor agridulce, me examinan. Decepcionadas porque no pueden saber si tengo hijos, marido, o casa en Chile, ubican las sillas en el patio y sacan sus tejidos. Tienen las manos deformes, la piel gruesa y manchada. Cuando el sol cambia de lugar, corren la silla, a veces, cambian de casa. Las acompaño y no escribo. Esa mañana, por el desagüe de la ducha, se escurrió uno de los aros con forma de pájaro.*

Miércoles 17 de febrero. *Escribo, dejo de escribir. Vuelvo de la panadería con un pan campesino redondo y tibio. Corto gruesas rebanadas y las unto con mantequilla irlandesa. Engordo.*

Jueves 18 de febrero. *En el aparador, entre fotografías y piezas sueltas de loza, hay una galleta que la vecina anciana ofrece a su visita mientras ella mastica un trozo de pan duro remojado en café. Dejo la galleta azumagada y remojo un pan duro. Sabe a hogar.*

Llega la hermana mayor, que vive al otro lado de la pandereta. Llegan la cuñada, la prima... Remojan pan duro en café, se sientan al sol y tejen. Esta tarde cantan antiguas melodías griegas. Siento que es más importante estar ahí que escribir. Pero vine aquí a escribir y eso me angustia.

Viernes 19 de febrero. *¿Qué sentido tiene permanecer ante una pantalla vacía en Chipre? Los únicos movimientos del pueblo tienen lugar en el café, la iglesia y el bar. Al café van los hombres, juegan cartas y pasan cuentas. En la iglesia, las mujeres rezan y mastican granos. Por la noche los británicos beben en el bar.*

Sábado 20 de febrero. *Se aproxima Semana Santa. La gente encala muros, casas, lava manteles, sábanas, friegan, sacan brillo, blanquean.*

A través de la ventana, veo a mi vecina arriba de una escalera encalando el muro. Cierro la computadora y voy en su ayuda.

Por la tarde escribo la historia de un hombre que viaja a Chipre del Sur para recibir una casa en herencia. Una vez allí, descubre que la casa está ocupada por un refugiado del norte y, como aún no tiene los papeles, la contempla desde la otra orilla.

Domingo 21 de febrero. *Sol. Hago dedo. Camino por un sendero de tierra que atraviesa colinas y viñedos hasta la playa de Melanda, donde conozco a un hombre joven que usa anteojos y tiene dificultades para expresarse. Como el escritor Cesare Pavese, salió de su pueblo para conocer lo que existía más allá de las colinas piamontesas. Llegó hasta Atenas. Ahora ha vuelto a enseñar en una escuela pública y siente que se ahoga. Cuando se despiden, dice que al hablar conmigo miró a través de una ventana.*

Lunes 22 de febrero. *Se celebra una fiesta religiosa llamada Green Monday. El dueño del bar me invita a un almuerzo vegetariano en su casa, pero ese día me siento inspirada con la historia del hombre que, estando en Chipre del Sur, a la espera de recu-*

perar una casa heredada, conoce a una mujer inglesa, casada con un ex policía.

A las cuatro de la tarde se acaba la inspiración y acudo a la fiesta. Británicos y chipriotas están ebrios. Rose, su esposo Tom, el chipriota parecido a Elmer; una morena igual a Glenn Close haciendo de villana en La noche de las narices frías; un militar retirado que perteneció a la brigada contra el IRA; un campesino gigantesco al que llaman Bull; el dueño del bar y su familia.

A las seis de la tarde termina el Green Monday y ponen la carne en la parrilla. El militar retirado me dice al oído que Elmer es amante de Rose y su esposo Tom lo permite a cambio de mirar. Luego deja caer su mano izquierda en mi pierna derecha. Bull tiene su mano derecha en mi pierna izquierda. Tom sostiene sobre ambas piernas a la hija pequeña del dueño de casa.

Antes de proseguir con el relato de la periodista que hizo un reportaje del Sinaí y ahora está en Chipre del Sur para escribir una novela, debo advertir que el alcohol líado a una confusa sensibilidad por el dolor del mundo, suelen llevarla a confundir la frontera entre escritura y vida. Como resultado, después de escuchar la historia contada por el militar retirado, siente una atracción irresistible por Rose. Mientras bailan, le susurra al oído que le encantan sus piernas y pregunta si puede besarla. La mujer, sorprendida de que conozca su situación amorosa, aún más sorprendida de que, según la chilena, ambos, marido y amante la utilizan, aproxima sus labios y olvidan los vegetales, el brandy, olvidan que están en la historia de un hombre que conoce a la protagonista de un triángulo, introduce en ella la culpa, cuando un desgarrador tirón las devuelve al asado en el pueblo de P., en Chipre del Sur, y a un hombre parecido a Elmer el gruñón que las arrastra de

los cabellos, mientras la villana de las narices frías intenta rescatarlas y Tom juega al caballito con la pequeña niña sobre sus piernas.

La escritora despierta junto a un enorme perro San Bernardo y al militar de la brigada contra el IRA, que tiene el estómago surcado de cicatrices. Recuerda su mano recorriendo el mapa de la guerra, la colección de muñecas de porcelana de la esposa, las plantas de plástico, las alfombras, el papel tapiz, el bergère de cuero negro. Tiene ganas de vomitar.

Un bote a la deriva, en la parte posterior, sobre
una tabla que sirve de asiento, una joven en
traje de baño...

2 zapallos oliva	2. tatin
14 pulpo	1 setka tomate
2 p fosforos	4 bot Brandy 1lt
1 p galletas	8 bot vino
2 halibut	10 cervezas
1 laton	2 bot aguardiente
1 shama	20 papel higienico
1 cafe	3 manteguillas
1 te	2 leches
1 p. sevilleta	1/2 k. burgol
4 pan	1 orejano
1 doc huevos	1 shampoo
2 p. tallarines	1 escolina
2 detergentes	
1 crema overpo	
6 lechugas, tomates, pepinos, zapallos	
italianos, champiñones, pimientos,	
berenjenas, coliflores, perejil, ajos,	
cebollas, papas, zanahorias,	
pomelos, manzanas, plátanos,	
limones, bruxelas, espinacas,	
porrones, mandarinas,	
3 chuletas de cerdo	

Lista de comestibles comprados entre el 15 de febrero y el 15 de abril de 1999, escrita en el cuaderno blanco, donde la autora lleva el registro de los gastos efectuados durante el viaje.

La rumana

En la barra del bar en el pueblo de P., en Chipre del Sur, hay una rumana de pelo negro corto y tez blanca. Tiene la belleza ambigua de un muchacho y la sensualidad explícita de una falda corta y una blusa negra transparente. Trabaja como empleada doméstica de un matrimonio inglés con cinco hijos, que la ha llevado a Suiza y Francia. Sabe alemán, francés, inglés y español, todos aprendidos en las telenovelas. Le cuenta a la viajera que mató a su hermano, golpeó a un profesor de su colegio y a su novio: "He likes to make me nervous. I cannot understand. Last night we came here and he didn't talk to me in two hours, so when he brought me home, I kick him and he begun to cry as a baby".

La rumana cuenta la historia de un joven que, cansado de repartir panfletos sin que nadie le preste atención, repite al entregarlos: thank you, fuck you, thank you, fuck you. A cada persona que entra al bar, la rumana le dice: thank you, fuck you.

Anoche, al volver a su casa, un auto negro que iba a gran velocidad la despidió contra la cuneta. La joven no alcanzó a distinguir al conductor.

En el bar coquetea con un inglés. I want to fuck this man —dice con el cuerpo sobre el tapete de la mesa de pool, antes de volver a su cuarto de asesora del hogar.

Cada noche la rumana llega vestida en forma más atrevida. Coquetea con todos los hombres y no se va con ninguno. "Mi novio nunca me ha tocado. No me gusta que me toque, ni siquiera le permito besarme. Ahí viene, hablemos de otra cosa." Entra un adolescente con dientes de conejo que no le dirige la mirada. "Ahora voy a hablar contigo en español. ¿Sabes por qué soy así? Debes jurar que no vas a decírselo a nadie. Mañana, espérame en tu casa."

La rumana se sienta en el sillón que se hunde, con una caja de bombones sobre las rodillas... "Ahora vamos a hablar en español", junta las piernas.

—En Rumania, mi padre y mi madre trabajan fuera de casa, mi hermano grande estudia: yo me quedaba en casa cuidando al más chico... El mejor amigo de mi padre trabaja con él en una fábrica de acero. Una tarde apareció en la casa. Yo pensé que le había pasado algo a mi padre, pero me dijo que necesitaba hablar conmigo...

La joven reacomoda la caja de bombones.

—No es necesario que sigas.

—Sí, es necesario. Mi hermano chico estaba en el jardín. Podía haber gritado para que me escuchara, pero no quise asustarlo. Creí que podría quitármelo de encima, pesaba tanto, me sofocaba su peso...

La rumana describe la ventana cerrada, las paredes blancas, la cama deshecha, la expresión del padre al volver de la fábrica, los temores de la madre al saber que su esposo fue en busca del amigo, el minúsculo baño donde lavó su calzón, el dolor entre las piernas, el examen ginecológico, la encarcelación del amigo de su padre. Las palabras inscriben la violación, esta vez en su cuerpo testigo.

Tañen las campanas de la iglesia. La rumana se levanta. Los bombones caen.

Viernes 26 de febrero. *El militar retirado me cuenta historias de cómo quebrantaba a los militantes vulnerables del IRA para que delatasen a sus compañeros. A cambio, simuló no advertir su impotencia.*

Cuchillo

mager

Cuchara

cutari

lapiz

perna

cara

prosopo

pelo

maliá

correr

trejo

bus andu

pama

comer

trome

dormir

kimume

beter

pino

agua

nero

brazos

jeris

restaurant

futas

luna otra

fengari

pajaro

Spourgiti

Palabras griegas que la autora aprende con las vecinas y luego guarda en su cuaderno.

Domingo 8 de marzo. Atravieso el pueblo de P. llevando una olla donde cociné una receta de estofado que preparaba mi madre para los almuerzos familiares del domingo, mientras mi padre lavaba su auto, mi hermano leía en su pieza la revista *Mecánica Popular* y yo escribía poemas con heroínas que morían solas en tierras lejanas.

La luz del sol atraviesa las nubes cayendo su sombra sobre las colinas pedregosas y salpicadas de olivos. La quietud de las calles se interrumpe con el balido de una cabra que ha perdido su rebaño. En el interior de un bar en el pueblo de P., una rumana, una joven de Moldavia que trabaja de mesera, como así también una viajera chilena almuerzan ese estofado de cerdo.

En el mismo bote a la deriva, en la misma tabla
que sirve de asiento, la joven en traje de baño
y su melliza...

Jueves 12 de marzo. *La escritora que vino al pueblo de P., emulando a Durrell en los años 50, observa desde la calle el interior del bar donde todas las noches se reúnen Tom, Rose y Elmer, quienes parecen más unidos y felices que antes. Ellos no me ven.*

Las mellizas en traje de baño, en el bote, con
los cuerpos muy juntos: dos asientos más ade-
lante, un niño empuña los remos...

Viernes 16 de abril. *En la plaza, durante la carrera de burros que se efectúa para Semana Santa, el militar inglés aprovecha un descuido de su esposa para guiñarme un ojo. Horas más tarde, abandono la isla sin la novela que vine a escribir.*

Itinerario

Santiago	9
Londres	13
Israel	20
Egipto	44
Chipre	56
Rodas	81
Turquía	83
Ucrania	116
Polonia	160
Austria	181
Eslovenia	182
Santiago	188

En un mercado callejero de Santiago, la autora encuentra cierto álbum de fotos antiguas de una familia en vacaciones y, para su sorpresa, en la primera página de éste aparece manuscrito su apellido paterno. Corresponde al de su abuelo judío, quien, a principios de 1900, dejara el pueblo de Ulanov, en Ucrania, rumbo al lejano Chile. En un regreso a los orígenes, la narradora viajó hacia allá en 1998 descubriendo, bajo el peso de la realidad, que ese pasado sólo era una ilusión. El encuentro de la autora con aquellas ruinas, ayer una herencia, conforma este libro de viaje, testimonio por un lado, alucinación por otro.



9 789562 621410